

_27 DE ENERO: EL DEBER DE LA MEMORIA

La Asamblea General de las Naciones Unidas, en su resolución 60/7 de 1 de noviembre de 2005, declaró el 27 de enero como Día internacional de conmemoración anual en memoria de las víctimas del Holocausto. Esa misma fecha del año 1945, las tropas soviéticas liberaron el mayor campo de exterminio nazi, en Auschwitz-Birkenau.

La historia, contra lo que algunos pueden creer, no es un camino lineal de progreso de la humanidad. El devenir de los siglos ha sido testigo tanto de logros considerables en la esfera de la tecnología, la ciencia o el pensamiento, que han mejorado notablemente nuestras condiciones de vida o nuestras posibilidades de desarrollo como personas, como de momentos terribles en que los seres humanos han mostrado su peor rostro.

En el siglo xx, el periodo de entreguerras muestra de forma extrema estas características. Mientras las innovaciones tecnológicas marcaban el inicio de una senda de profundos cambios y las ansias de libertad e igualdad explotaban en muchos países, la humanidad experimentó algunos de sus momentos más terribles. La lista de catástrofes se inauguró con la cruenta Primera Guerra Mundial, acompañada inmediatamente del genocidio armenio. A continuación las purgas de la Rusia soviética costaron la vida a varios millones de personas, enlazando inmediatamente con la llegada del nazismo y los fascismos, la letal Segunda Guerra Mundial y finalmente el holocausto.

En ese catálogo de horrores extremos, en los que la supuesta parte más culta del mundo, Europa, se mostró como su región más incivilizada, el holocausto ocupa un lugar destacado por la maldad extrema que llevó a la muerte a más de seis millones de personas, sin distinción de edades o sexos. La barbarie nazi trató de exterminar del continente a su población judía de las formas más horribles imaginables. Los primeros asesinatos, carentes de organización y plan definido, fueron seguidos por la implacable maquinaria de muerte que en las estepas de la Unión Soviética ocupada se puso en marcha para fusilar a más de un millón de personas de origen judío. Si alguien pensó que nada más terrible podría hacerse, no sabía que la llamada 'solución final' había arrancado y que en los campos de exterminio millones de judíos y personas de otras condiciones 'indeseables' para los nazis, como homosexuales o gitanos, fueron industrialmente eliminadas. Junto a ellos en los 'campos de trabajo' murieron también muchísimas personas de maneras también terribles. Prisioneros de guerra soviéticos, disidentes políticos, resistentes, o 'rojos', sufrieron también crueldades inimaginables.

Esta barbarie merece y exige que todos recordemos lo que pasó, y que ese 27 de enero se convierta en un día de memoria, de recuerdo y de resistencia frente a cualquier forma de violación de los derechos de los seres humanos.

Los aragoneses, una minúscula parte de la humanidad, debemos por ello unirnos a esta conmemoración. No nos es ajena por dos razones. En primer lugar, porque como ciudadanos del mundo debemos ser responsables y solidarios con su futuro. En segundo lugar, porque muchos aragoneses vivieron en carne propia esos horrores y hasta ahora su recuerdo ha ocupado un lugar muy pequeño en nuestra sociedad. Muchos republicanos aragoneses, después de sufrir la derrota en la guerra, se vieron confinados y maltratados en campos del sur de Francia. Una parte importante salió de allí para unirse a la lucha por la libertad contra el nazismo y encontraron la muerte o una existencia horrible en los campos de trabajo, y entre ellos particularmente Mauthausen.

Honrándoles dignificamos a todos los asesinados y maltratados. Si no empezamos por recordar a los seiscientos cuarenta y tres aragoneses que perdieron la vida en los campos de exterminio, poca credibilidad puede tener nuestro compromiso. Aragón, a través de su memoria, tiene que alzar su voz contra la opresión, el genocidio o el sufrimiento de las personas en cualquier lugar del mundo. Los derechos humanos son universales y no pueden negociarse, moldearse o ignorarse bajo pretexto de particularidades culturales, religiosas o nacionales. En este terreno seremos firmes y haremos de su respeto una guía en nuestra actuación.

editorial